

SÉNECA Y QUINTILIANO: DOS ENFOQUES DIVERSOS DE LA EDUCACIÓN (I)

Por JOSÉ LUIS GARCÍA GARRIDO

En la trágica primavera del año 65, cuando el prestigioso Lucio Anneo Séneca recibió de Nerón la orden de darse muerte, Marco Fabio Quintiliano era todavía un joven desconocido. Sin embargo, no mucho tiempo después su nombre gozaría también de gran prestigio en los ambientes culturales de Roma, aunque no por sus escritos ni por su participación directa en la esfera política. Salvo una época de titubeo inicial, Quintiliano prefirió la sosegada actividad del profesor de retórica a la inquieta actividad del político, y si escribió algunas obras, fue siempre con la intención de ceñirse al ámbito profesional que había elegido. Su fama, por tanto, no residía en los mismos motivos que habían hecho de Séneca uno de los personajes más conocidos y admirados del Imperio. Más aún: por ese particular modo de ver las cosas que tenía el intelectual de entonces, la figura de Marco Fabio parecía contraponerse enérgicamente a la de Lucio Anneo; retórica y filosofía, en el ambiente cultural grecorromano, se mostraban siempre dispuestas a destacar más sus puntos de contraste que sus rasgos afines.

Pero, a pesar de todo, ambos pensadores se nos presentan hoy estrechamente relacionados el uno con el otro. Y la razón no es otra que su fuerte y compartida preocupación por la problemática educativa. Séneca y Quintiliano constituyen, sin lugar a dudas, los dos grandes exponentes de la pedagogía

romana: dos ricas personalidades que, por vocación y por precisas disposiciones naturales, dedicaron lo mejor de sus fuerzas a la formación del hombre. El uno —Séneca— lo hizo sobre todo a través de una profunda reflexión sobre los principales problemas. El otro —Quintiliano—, mediante una fecunda práctica escolar, y después mediante una recopilación de experiencias cuyo extraordinario valor se nos muestra intacto todavía hoy.

Contando de antemano con que se trata de dos personalidades muy diferentes, me ha parecido de interés llevar a cabo una confrontación de su pensamiento educativo. Pienso que de este modo nos será más fácil comprender la verdadera dimensión pedagógica de estas dos indiscutibles figuras, a la vez que contribuir en parte a la clarificación de algunos puntos todavía oscuros o no lo suficientemente estudiados; entre ellos, la postura de Quintiliano ante el enfoque pedagógico de Séneca y la posible influencia de éste sobre aquél en el terreno de la teoría educativa.

Quintiliano ante la "educación filosófica"

El *Proemium* del libro I de la *Institutio Oratoria* no constituye sólo una introducción a la concreta problemática tratada en ese libro, sino que es más bien una introducción general a toda la obra. De ahí que Quintiliano explique allí, y con cierto detalle, el contenido que tendrán todos los libros siguientes, desde el I al XII, y que dedique abundante atención a problemas que sólo en una mínima parte están relacionados con el contenido del primer libro. Pues bien: el argumento central del *Proemium* —central en todos los sentidos, incluso gráficamente— consiste en la justificación de lo que para Quintiliano constituye el punto de partida: la opción por la educación retórica y el rechazo de la educación filosófica. Que el autor dedique tanto espacio y tanto interés a esta cuestión en las primeras páginas de su largo tratado, nos indica

a las claras que eso no sucedía así por una tendencia suya de carácter natural o atávico, sino por una decisión consciente y madurada a lo largo de muchos años. Por eso, si es que queremos llegar a comprender de modo adecuado su postura ante Séneca, nos es imprescindible hacer parada en este punto.

Resumiré el largo fragmento de Quintiliano al que me he referido y que, por obvias razones de espacio, sólo en parte me parece oportuno transcribir aquí¹. Quintiliano comienza diciendo que su intención es formar al orador de tal modo que no sólo sea un hombre elocuente sino un hombre bueno (*vir bonus*). Ahora bien: el que se relegue a los filósofos la formación del hombre bueno —*rectae honestaeque vitae*— es algo que no puede admitirse de ningún modo, ya que no se trata de conseguir una bondad desvinculada de la acción social y política, sino una bondad eminentemente productiva en estos campos, que no podrá ser encarnada sino por quien sea a la vez elocuente. Y es que en realidad —viene a decir Quintiliano— la filosofía no pertenece a los filósofos sino a los retóricos que son verdaderamente tales y conscientes de su labor. “Por eso, aunque confieso que me serviré de algunas ideas que están contenidas en los libros de los filósofos, puedo sostener con pleno derecho que tales ideas forman parte de mi obra, y que conciernen propiamente al arte oratoria”². Y eso por la sencilla razón de que no podría hablarse de esas cosas ni profundizar en ellas si no se contase con unas armas que sólo la retórica es capaz de ofrecer. Tenía razón Cicerón —sigue comentando— cuando decía que las figuras del filósofo y del orador tienden a estar unidas por naturaleza, y que de hecho así ocurrió durante mucho tiempo, hasta que se separaron; los más hábiles en la palabra, empeñados en sacar provecho

¹ QUINT., I.O., I, *Proem.*, 9-20. Citaré siempre de acuerdo con esas siglas y esa numeración (en caracteres romanos, el número del libro; en caracteres árabes, el capítulo y, a continuación, los párrafos correspondientes). Para el texto latino me he atendido a la reciente edición crítica de R. FARANDA, *L'Istituzione Oratoria di M.F. Quintiliano* (bilingüe: latín-italiano), 2 vol., Classici UTET, Torino, 1968. La traducción castellana es mía.

² QUINT., I.O., I, *Proem.*, II.

de su saber, se olvidaron de la moral, que vino a parar de este modo a los menos inteligentes (*infirmioribus ingenii*). “A continuación, algunos, despreciando el esfuerzo que exigía el hablar bien y dedicándose a formar a las almas y a establecer las leyes de la vida, conservaron de la elocuencia —suponiendo que ésta se pueda dividir en partes— la parte indudablemente mejor; pero se arrogaron un nombre demasiado soberbio, hasta el punto de denominarse los únicos amantes de la sabiduría. Cosa esta última que no osaron reclamar para sí ni siquiera los más grandes generales ni los hombres políticos y estadistas de mayor fama: porque éstos, con referencia a las cosas mejores, preferían más hacerlas que prometerlas. Ciertamente, estoy dispuesto a admitir sin dificultad alguna que entre los antiguos profesores de filosofía (*sapientiae*) muchos fueron maestros de virtud y que vivieron de acuerdo con sus enseñanzas; pero en nuestra época se esconden bajo ese nombre los más grandes vicios en la mayoría de ellos. (Tales hombres) no buscaban el ser considerados filósofos mediante su vida honesta o mediante sus estudios, sino que pretendían cubrir sus pésimas costumbres con un aspecto exterior severo y diferente al de los demás”³.

Después de esta severa crítica global, que constituye a la vez una neta confesión de antipatía —también global— hacia los filósofos, Quintiliano pasa a referirse a la misma materia que aquéllos enseñaban, la filosofía, mostrándonos qué juicio le merecía: “Pero de estas cuestiones que, según se asegura, son propias de la filosofía nos ocupamos todos de alguna manera. De hecho, ¿quién no habla —a no ser que se trate del peor de los hombres— de la justicia, de la equidad y del bien? ¿Quién, incluso entre los campesinos, no se hace alguna pregunta sobre las causas naturales? Pues la propiedad y la diversidad de las palabras debe ser común a todos aquellos que cuidan el modo de expresarse. Pero estas cosas las sabrá y las expresará mejor el orador: y si alguna vez encontrásemos

³ *Ibid.*, 15.

un orador perfecto, no iríamos a las escuelas filosóficas a pedir los preceptos de la virtud. Hoy por hoy, nos es necesario recurrir a autores que se apoderaron de aquella parte —abandonada, como he dicho— de la retórica, especialmente la mejor, y reclamarla como cosa nuestra, no para servirnos de los hallazgos que ellos realizaron, sino para demostrar que ellos se sirvieron de los hallazgos de otros”⁴.

Hasta aquí la dura crítica que Quintiliano dirige a los que sin duda considera sus antagonistas en el campo pedagógico. Toda esta larga y prematura acumulación de cargos no tendría explicación si Quintiliano no viese en la “educación filosófica” una ruta educativa que necesitaba ser refutada antes de que comenzase su amplia descripción de la “educación retórica”. Pero todavía nos interesa recoger una importante frase, ya que en ella se encuentra el argumento quizá más poderoso bajo el punto de vista teórico: “Sea por tanto el orador un varón de tal calidad que pueda ser llamado de verdad sabio (*sapiens*), y no sólo en el aspecto moral —ya que esto, aunque hay quienes no están de acuerdo, no es suficiente en mi opinión—, sino también en la ciencia y en toda facultad oratoria”⁵. Es decir: la educación no puede consistir sólo en educación moral, sino que ha de atender a otros aspectos igualmente importantes para el hombre; precisamente por eso considera él la ruta filosófica —aun suponiendo que lograrse conseguir los fines a que tiende— como insuficiente y demasiado estrecha. El camino ofrecido por Quintiliano tiende, por el contrario, a una meta que reúne en sí misma la perfección moral y otros aspectos no menos necesarios para que pueda hablarse de una perfección completa y verdadera. El ideal al que mira es “un hombre de tal calidad que quizá no haya existido nunca, pero no por eso debemos tender menos a la perfección: como hicieron la mayor parte de los antiguos, los cuales, aun pensando que el sabio por excelencia no había sido todavía hallado, su-

⁴ *Ibid.*, 16-17.

⁵ *Ibid.*, 18.

pieron transmitir sin embargo los preceptos de la sabiduría”⁶.

En otros libros y capítulos de la extensa obra de Marco Fabio aparecerán de nuevo algunos de estos conceptos básicos de su pedagogía, y tendremos ocasión entonces de estudiarlos más detenidamente. De momento, nos interesaba sólo comprender cuál era su postura inicial respecto a la educación filosófica, educación por la que Séneca había optado sin apenas vacilar hacía ya varias decenas de años.

Un amplio juicio sobre Séneca

Como es sabido, el libro X de la *Institutio* se abre con un amplísimo capítulo —uno de los más conocidos y comentados—, que Quintiliano dedica casi completamente a pasar revista a todos los escritores griegos y latinos cuyo conocimiento juzga imprescindible o, por lo menos, muy útil para la formación del *orator*. Obsérvese bien que no se trata allí de establecer las lecturas que debe realizar quien comienza sus estudios de retórica, sino las obras que es necesario leer y estudiar una vez que ya ha terminado el ciclo habitual de estudios, las obras que en cualquier momento proporcionarán al joven orador un procedimiento espléndido de autoformación progresiva y de paulatino perfeccionamiento. Quintiliano lo aclara desde el principio: “Ciertamente no explicamos aquí de qué modo deba ser formado el orador (pues acerca de esto ya hemos hablado bastante o, al menos, todo lo que hemos podido), sino en qué tipo de ejercicios deberá prepararse para la lucha el atleta que haya ya aprendido de su maestro las reglas escolares”⁷.

En esa tan amplia y erudita enumeración de autores recomendables, Quintiliano prefiere seguir un orden sistemático basado en los diferentes géneros literarios, que para él equi-

⁶ *Ibid.*, 19.

⁷ QUINT., I.O., X, 1, 4.

valen a los géneros de la elocuencia. Comenzando por los griegos, pasa revista a los oradores, a los poetas, a los historiadores y a los filósofos; de estos últimos preferiría, al parecer, no tener que ocuparse; vuelve aquí a repetirnos algo que ya nos dijo: “el hecho de que debamos recurrir en gran medida a la lectura de los filósofos ha sucedido por culpa de los oradores, quienes en la parte mejor de su obra se retiran para dar entrada a aquéllos. Pues son ellos los que con particular empeño hablan y disputan de los conceptos de justicia, de honestidad, de utilidad y sobre sus contrarios, y preparan de excelente manera al futuro orador con discusiones e interrogaciones”⁸. Me parece de interés reparar en quiénes son los filósofos griegos a quienes cita: Platón (“el más importante”), Jenofonte, los socráticos (así: en general), Aristóteles, Teofrasto y los estoicos; de estos últimos dice: “menos se interesaron por la elocuencia los viejos estoicos, pero ellos no sólo exhortaron a las cosas honestas, sino que tuvieron también bastante acierto en meditar y en demostrar los principios de su teoría, mostrándonos más sutiles en la sustancia que grandilocuentes en la forma, de la cual no se preocuparon de hecho”⁹. Después de esto, se comprenderá fácilmente que la influencia de la filosofía en general y del estoicismo en particular sobre Quintiliano fue bastante reducida y muy circunscrita al ámbito de la palabra y, todo lo más, de la moralidad¹⁰.

La filosofía romana no parece interesarle demasiado, y él mismo nos aclara que es así por razones eminentemente literarias: “Falta por tratar de quienes escribieron de filosofía, en el cual género literario las letras romanas han creado hasta

⁸ *Ibid.*, 35.

⁹ *Ibid.*, 81-84.

¹⁰ Para las fuentes filosóficas de Quintiliano, *vid.* concretamente H. RAUBENHEIMER, *Quintilianus quae debere videatur stoicis popularibusque qui dicuntur philosophi*, Diss., Wirceburgi, 1911. También se encontrarán interesantes referencias y apreciaciones en la amplia monografía de J. COUSIN, *Études sur Quintilien* (Tome I: *Contribution à recherche des sources de l'Institution oratoire*. Tome II: *Vocabulaire grec de la terminologie rhétorique dans l'Institution oratoire*), Bouvin, Paris, 1936.

el momento muy pocos escritores elocuentes. Debe destacarse, desde luego, a Cicerón, quien se nos muestra como émulo de Platón en todo campo y también bajo este aspecto”¹¹. Después nombra a Bruto, a Cornelio Celso, a Plauto (como estoico) y a Catio (como epicúreo). Y será justamente a continuación de toda esta enumeración tan expresiva que dedicará una notable cantidad de líneas a mostrarnos su opinión acerca de Séneca:

“En este examen de todos los géneros literarios —*in omni genere eloquentiae*— he dejado a Séneca, con plena intención, para el final, ya que se ha difundido —falsamente— la opinión de que yo condeno su obra y lo detesto. Eso me sucedió mientras intentaba corregir y conducir a una mayor severidad de gusto un tipo de elocuencia pervertida y debilitada por todos los vicios: por aquel entonces, los jóvenes tenían en sus manos casi exclusivamente obras suyas. No era mi intención, ciertamente, eliminarlo por completo del grupo de escritores que deberían leerse, sino que no estaba dispuesto a permitir que él fuese preferido a otros más importantes, a los cuales atacó ininterrumpidamente, ya que, consciente de la diversidad de su estilo, desconfiaba de que él agradase en las cosas en las que ellos agradaban”¹².

Como ha podido observarse, Quintiliano está persuadido de que el momento más adecuado para ocuparse de Séneca es precisamente al hablar de los diferentes géneros de elocuencia. Esto denuncia, por una parte, el particular enfoque con el cual mira el tratadista la obra senecana, enfoque que Séneca sólo en parte hubiera admitido. Pero también es muestra de que Quintiliano considera la labor senecana como eminentemente educacional, ya que para él la elocuencia constituía el núcleo del programa formativo. Él reconoce que tuvo que intervenir en contra de la extendida costumbre de leer a Séneca. A poco que se considere debidamente, no debe extrañar a nadie esta

¹¹ QUINT., *I.O.*, X, 1, 123.

¹² *Ibid.*, 125-126.

actitud de Quintiliano. Su padre era un *rhetor* —como el de Séneca—, y de su educación se ocupó probablemente, además de su padre y de otros conocidos profesores, el gramático Remio Palemón, el cual tenía motivos más que suficientes para no guardar hacia el cordobés ninguna simpatía¹³. Quintiliano era un completo enamorado de la retórica y, más en concreto, de la corriente ciceroniana. Su ideal formativo era, como para Cicerón, el *orator*, nombre que reunía en sí las mejores virtudes que un hombre —y sobre todo un hombre romano— debía poseer. De ahí que el estilo literario de un autor determinado no fuese para él una cosa accidental, sino que constituía un claro indicio de las virtudes que ese autor poseía y quería transmitir. Y es por eso que —según dice ahora y aclarará después— Séneca le resulta dañino. Quintiliano subraya que no se trata de una enemistad personal injustificada, sino del afán que él tiene de cumplir lo mejor posible los deberes que su profesión le exige¹⁴. El atractivo que los jóvenes sentían hacia Séneca era muy profundo, y no cuesta trabajo comprenderlo. Lucio Anneo había tratado con claridad y con dureza los vicios de aquella sociedad hipócrita, y no era difícil que los jóvenes encontraran en sus palabras un tipo de reacción muy de su agrado. No obstante, suponía un evidente peligro para ellos, ya que les hacía poner primeramente en tela de juicio la misma formación —verbalista, según Séneca— que recibían.

¹³ No es completamente seguro que Palemón haya sido maestro de Quintiliano, aunque la mayor parte de los estudiosos se inclinan por admitirlo, basándose sobre todo en la información de JUVENAL, *Scholía*, VI, 452. Palemón se hizo famoso tanto por sus lecciones de gramática como por sus vicios. Cfr. A. GWYNN, *Roman Education from Cicero to Quintilian*, Clarendon Press, Oxford, 1926, págs. 157 y 192. Acerca de su influencia sobre Quintiliano en el punto que aquí nos interesa, cfr. M. S. ROCHEBLAVE, *De M. Fabio Quintiliano L. Annaei Senecae iudice*, Paris, 1890, págs. 21-28. Es muy probable que la vida viciosa de Palemón haya provocado en Quintiliano una reacción de signo opuesto, como advierte J. COUSIN, *Études sur Quintilien*, vol. I, pág. III.

¹⁴ Se comprenderá mejor su postura si se tiene en cuenta su gran confianza en la enseñanza escolar. Cfr. D. L. CLARK, *Rhetoric in greco-roman education*, Columbia Univ. Press, New York, 1957, pág. 16.

Corría, sin duda, el peligro de que los jóvenes se apartasen de lecturas que Quintiliano creía mucho más convenientes para ellos. Aunque no puede saberse a qué concretos autores aludían sus palabras, es muy probable que incluyesen a Cicerón¹⁵. Quintiliano explica mejor, en las líneas siguientes, lo que solía ocurrir con aquellos jóvenes partidarios de las obras senecanas:

“(Los jóvenes) le amaban más que le imitaban, y se apartaban de él tanto como él se había alejado de los antiguos. Hubiera sido de desear que ellos llegaran a ser como él o, al menos, que se le asemejasen. Pero él les gustaba sólo por sus defectos y cada uno procuraba reproducir los (defectos) que podía: y cada uno, presumiendo de expresarse del mismo modo que él, desacreditaba a Séneca”¹⁶.

Con estas pocas líneas, Quintiliano nos ha dejado un interesante retrato de un aspecto de la juventud a cuya formación él se dedicaba con empeño. No debemos mirar sus palabras con desconfianza, presuponiendo que su objetivo único era neutralizar la influencia del de Córdoba¹⁷. ¿Qué hay de extraño en que aquellos jóvenes, inmersos en un tipo de educación esencialmente retórica, acometiesen la lectura de los textos senecanos con esta mentalidad verbalista? Lucio Anneo les atraía muy especialmente; pero, por sus específicos esquemas mentales, estaban incapacitados para penetrar más allá de las puras palabras. Traducían su fervor senequista en una boquiabierta imitación de estilo, llegando incluso a creer, probablemente, que la fuerza de las argumentaciones senecanas residía en aquel modo de decir entrecortado e incisivo que había hecho de Séneca un innovador de las letras latinas. Por eso la reac-

¹⁵ El juicio que Séneca había emitido, en varios lugares de su obra, acerca de Cicerón es en general bastante positivo. No obstante, crítica alguna vez su estilo rebuscado, y, fundamentalmente, no lo alaba por encima de todos. En la *Ep.* CXIV, 16 se manifiesta poco partidario del estilo ciceroniano. También en otra de las últimas *Cartas* (*Ep.* CXVIII, 1-3) crítica los temas que Cicerón solía tratar en sus epístolas.

¹⁶ QUINT., *I.O.*, X, 1, 126-127.

¹⁷ Cfr. E. BOLAFFI, *La critica filosofica e letteraria in Quintiliano*, *Collection Latomus*, XXX, Bruxelles, 1958, pág. 51.

ción de Quintiliano es perfectamente razonable; él reconoce, por otra parte, los méritos del cordobés:

“Por lo demás, sus cualidades fueron muchas y grandes: un ingenio fácil y fecundo, gran aplicación al estudio y enorme cultura, aunque a veces le condujeron al error aquellos a quienes había él encomendado investigar determinadas cosas. Se ocupó de casi todos los campos del saber: pues de él se conservan discursos, poemas, cartas y diálogos. En filosofía fue poco diligente, pero, a la vez, fue un egregio detractor de los vicios”¹⁸.

En realidad, ha situado las cualidades de Séneca en un ámbito ajeno al que él considera el ámbito de la formación humana, subrayando principalmente —como factor positivo— su amplitud intelectual. Tampoco deja de hacerle, sin salirse de este marco, una crítica que podríamos considerar benigna, aunque se nota perfectamente que Quintiliano prefiere un Séneca inadvertido u olvidado por sus alumnos. Obsérvese que falta en todo el fragmento una crítica al Séneca político; y no hubiera sido difícil a Quintiliano aprovechar la ocasión para resaltar la no concordancia entre las palabras y la conducta del preceptor de Domicio, en el caso de haber creído en esto. Aparte de una breve frase del libro VIII, que Oroz Reta interpreta como una clara insinuación maliciosa, Quintiliano no dice nada acerca de la actividad política de Lucio Anneo¹⁹. Pasa con rapidez a ocuparse del aspecto que a él —como también a nosotros— interesa especialmente:

¹⁸ QUINT., I.O., X, I, 128-129.

¹⁹ “El autor de las *Institutiones Oratoriae* es muy parco en las palabras que escribe en lo que se refiere al juicio sobre Séneca como ministro de Nerón. Es solamente una alusión, un ablativo absoluto que deja entrever toda la malicia de quien no pretende sino insinuar el hecho. He aquí sus palabras: *Senecae in eo scripto, quod Nero ad senatum misit occisa matre (Inst, Orat., VIII, 5, 18)*. El ablativo absoluto de Quintiliano encierra mucha más malicia y odio que el subjuntivo, con su matiz de subjetividad, que encontramos en Tácito.” J. OROZ RETA, “Dimensión literaria de Séneca”, en *Actas del Congreso Internacional de Filosofía en conmemoración de Séneca*, Córdoba, 1965, páginas 117-118. A mi juicio, teniendo en cuenta el contexto en que se encuentra la frase de Quintiliano, la interpretación de Oroz Reta resulta forzada.

“Muchos y claros son sus pensamientos, y muchos los fragmentos de sus obras cuya lectura es aconsejable bajo el punto de vista moral, pero en el aspecto estilístico existen en él abundantes corrupciones, tanto más peligrosas por estar llenas de defectos que en sí resultan encantadores. Nos hubiera gustado que él se hubiese expresado con su temperamento, pero con el gusto de otro: porque si no hubiese despreciado algunas cosas, si no se hubiese contentado con poco, si no hubiera sido tan indulgente con todo lo que él componía, si no hubiera desmenuzado en frases pequeñísimas la solidez de sus argumentos, contaría más con el universal favor de los hombres cultos que con el amor de los adolescentes”²⁰.

Todos estos datos críticos hacen suponer que Quintiliano había leído con detención las obras de Séneca. Es expresiva la primera frase del párrafo, en la que reconoce la utilidad y la altura de las reflexiones senecanas, las cuales pueden contribuir mucho a la propia formación personal. La crítica —muy dura, evidentemente— se centra sobre el Séneca estilista, que resulta a Quintiliano tan atractivo como peligroso y, por tanto, absolutamente inadecuado para ser empleado por los que se están formando. El autor de la *Institutio* dice con claridad que él hubiera preferido un Séneca con la misma doctrina, pero con distinta pluma, y le reprocha su *snobismo*. Encuentro que estas palabras de Quintiliano denotan en el fondo una fuerte admiración por la doctrina senecana. El siguiente fragmento, que pone término al texto que nos interesaba analizar, podrá quizá dar alguna razón más de esta sospecha mía:

“Sin embargo, aun con todo esto, los que están ya bien robustos y suficientemente consolidados en un género de elocuencia más severo deberán leer sus obras, precisamente porque ellas pueden en cualquier caso ejercitar el gusto. Como ya he dicho, hay en él muchas cosas que se deben aprobar y muchas otras incluso admirar, siempre que se tenga cuidado en la elección; ¡ojalá hubiera hecho él lo mismo!; porque su ta-

²⁰ QUINT., I.O., X, I, 129-130.

lento fue digno de aspirar a cosas mejores: pero hizo siempre lo que quiso”²¹.

Es decir: lo que se trata de dejar bien sentado es que las obras de Lucio Anneo no pueden servir como texto donde beba fundamentalmente el aspirante a *orator*. Me parece que es así como debe interpretarse la crítica de Quintiliano. Éste lamenta que un hombre de las dotes de Séneca no haya sabido insertarse debidamente en la tradición educacional romana. “Hizo siempre lo que quiso.” Si hubiera querido, sería sin duda también un maestro de sobria y tradicional estilística, la cual, unida a su gran temperamento de educador, no ofrecería sino ventajas al joven romano. Pero no fue así, sino que se empeñó en innovar un estilo y en comportarse en contra de lo que hubiera deseado su propio padre y los eruditos de su generación y de las siguientes. Y lo que es todavía peor: consideró que el arte oratoria no valía nada en comparación con la filosofía.

Todo este largo texto de la *Institutio Oratoria* ha convencido a muchos estudiosos —quizá en contra de lo que Quintiliano pretendió al escribirlo— de que su autor no tenía demasiada simpatía a Séneca y a su obra. Naturalmente, dados estos supuestos, a casi nadie se le ha ocurrido buscar en Quintiliano una posible influencia senecana, sobre todo si tenemos presente que los más prestigiosos estudios dedicados al autor de la *Institutio* se han ceñido hasta el momento a los aspectos filológicos²². En cuanto a los libros o trabajos que estudian a Quintiliano bajo el punto de vista pedagógico²³, han prestado

²¹ *Ibid.*, 131.

²² Una bibliografía muy amplia y bastante actual (entre los años 1935-1959), recopilada por J. COUSIN, puede encontrarse en *Lustrum*, 1963, Band 7, págs. 289 y sigs.

²³ *Vid.* D. BASSI, *Quintiliano Maestro*, Le Monnier, Firenze, 1930; M. LECHATIN DE GUBERNATIS, *De educandi arte apud Quintilianum*, Pinerolo, 1908; A. NAIR, *Quintilian on education*, Proceed of the class. Assoc., 1926; A. APPEL, *Das Bildungs und Erziehungs Ideal nach Institutio Oratoria*, Leipzig, 1915; V. D'AGOSTINO, *Modernità di concetti psicologici in Quintiliano*, en *Arch. Ital. di Psicologia*, 1930, págs. 65-83; G. B. GERINI, *Le dottrine pedagogiche di Cicero, Seneca, Quintiliano, ecc.*, Paravia, Torino, 1914, págs. 149-

escasa atención a la procedencia de sus ideas educacionales, limitándose a lo que en todo caso resultaba evidente: la impropia ciceroniana de su ideología. Sin embargo, a pesar de todos estos datos, permanecen dos hechos altamente significativos: primero, que Quintiliano conoció bien las obras de Séneca; segundo, que en la *Institutio* hay algunas coincidencias de pensamiento entre uno y otro autor, siempre en cuestiones referentes a la formación humana²⁴. Son estos hechos lo que han llevado a E. Bolaffi a ver como probable un influjo de Séneca sobre la pedagogía de Quintiliano²⁵.

Coincidencias entre ambos pensadores

¿Cuáles son esas coincidencias de pensamiento, en materia educativa, a las que me he referido y en las que hace hincapié Bolaffi? Sustancialmente, se trata de una serie de apreciaciones sobre la educación infantil. Hay que tener presente, desde

196; F. GRECO, *La pedagogia presso i Romani (Noterelle su Quintiliano)*, Ponte Nuovo, Bologna, 1961; G. BIANCA, *La pedagogia di Quintiliano*, Istituto Universitario di Magistero di Catania, Cedam, Padova, 1963. El trabajo más reciente que conozco es el de J. BELDA, *El educador y el método educativo en Quintiliano*, tesis doctoral presentada en el Instituto Internazionale di Scienze dell'Educazione (Universidad de Navarra), *pro manuscripto*, Roma, 1969.

²⁴ Cfr. V. D'AGOSTINO, "Quintiliano, X, 1, 129 e i dialoghi di Seneca", en *Convivium*, V, 1933, págs. 71-75. D'Agostino ve posible una influencia de Séneca en Quintiliano, pero no se atreve a dar un juicio seguro sobre el particular: "se non ci soccorrono dati più positivi, non è possibile giungere ad un risultato definitivo incontrovertibile" (pág. 75).

²⁵ Cfr. E. BOLAFFI, *La critica filosofica...*, ya citado, págs. 51-56. Resumiendo los resultados de su estudio, dice el autor: "Vasto, molto ben refinito ed obiettivo il profilo di Seneca. L'obiettività en comprovata, fra l'altro, dal confronto da noi istituito fra alcuni passi del *De ira* e luoghi quintilianeï, per cui no è da escludere che Seneca sia stato fonte pedagogica di Quintiliano. V'è poi un luogo del *De otio* che molto probabilmente ha ispirato la concezione quintiliana del filosofo-pratico". *Ibid.*, pág. 61. Los textos a los que se refiere Bolaffi serán estudiados, junto a muchos otros, en este trabajo. El prof. Díaz y Díaz considera poco consistentes los argumentos esgrimidos por Bolaffi en este punto; cfr. M. DÍAZ Y DÍAZ, "Séneca y la lengua filosófica", en *Estudios sobre Séneca*, C.S.I.C., Madrid, 1966, pág. 69, nota 15.

el comienzo, que el tema de la educación en las primeras edades fue muy poco tratado por Lucio Anneo —de hecho, el único texto relativamente amplio es el contenido en *De ira* II, 21— y algo más —tampoco demasiado— por Quintiliano en el primer libro de la *Institutio*. También conviene reparar en que ninguno de los dos autores estudia el tema de la educación infantil porque ésta les interese en sí misma, sino en función de una meta más general y, a la vez, más especializada: en el caso de Séneca, la *formación del carácter*; en el caso de Quintiliano, la formación retórica, la *educación oratoria*.

Pero será mejor que nos enfrentemos directamente con los textos. Veamos algunas opiniones en las que Séneca y Quintiliano coinciden. Respecto al descanso, por ejemplo, ambos lo recomiendan como útil y necesario para la buena educación del niño. Séneca dice: “Le daremos algún descanso, pero cuidando que no degenera en desidia y en vagancia, y le tendremos lejos del contacto con los placeres, pues nada contribuye tanto a criar caracteres irascibles como la educación muelle y complaciente”²⁶. Quintiliano, a su vez, se expresa de este modo: “Pero convendrá dar a todos (los alumnos pequeños) algún momento de descanso, no sólo porque no existe criatura que pueda soportar una fatiga ininterrumpida —incluso las cosas que carecen de sensibilidad y de alma necesitan, para poder mantener su eficiencia, de pausas distensivas—, sino porque el afán de aprender se basa sobre la voluntad, la cual no puede ser coaccionada”²⁷. Aquel diferente

²⁶ SEN., *De ira*, II, 21, 6. Esta opinión viene reafirmada y completada por Séneca en otras ocasiones; cfr. *De tranquillitate*, XVII, 4-6 y *Ep.* XV, 6. Para las obras de Séneca he usado las ediciones de la Collection des Universités de France, “Les Belles Lettres”, Paris (ediciones de diversas fechas, entre 1951 y 1965). La traducción castellana corresponde a L. RIBER, *Séneca. Obras completas*, Aguilar, Madrid, 1943, aunque a veces he introducido algunas modificaciones que me han parecido necesarias. Como claro precedente —quizá fuente, directa o indirecta— de los fragmentos de Séneca a los que me he referido, cfr. PLATÓN, *Leyes*, VII, 791d.

²⁷ QUINT., *I.O.*, I, 3, 8.

enfoque al que antes me referí puede verse aquí palmariamente: a Séneca lo que parece interesarle es la formación de un carácter firme en primerísimo término; a Quintiliano le interesa también esa voluntad sólida y bien formada, pero en cuanto necesaria para que el alumno pueda conseguir un auténtico afán de saber —*studium discendi*—; Quintiliano habla ahora y casi siempre del alumno, mientras que Séneca sólo se refiere al niño. Un poco más adelante, Quintiliano manifiesta la misma preocupación que había manifestado Séneca por que esos ratos de descanso se mantuviesen dentro de los límites deseables: “Los ratos de descanso, sin embargo, deben moderarse convenientemente, para evitar que, si no son concedidos, provoquen odio hacia los estudios y, si son excesivos, habitúen al alumno a un ocio exagerado”²⁸; pero, como antes, el argumento decisivo es de carácter —por así decirlo— escolar.

También en lo que se refiere a la elección de nodrizas existe una cierta igualdad de criterios entre los dos célebres escritores hispánicos. Ciertamente, Séneca alude por igual —en el capítulo 21 del II *De ira*— a las nodrizas y a los pedagogos (es decir: a los primeros encargados del cuidado general y de la educación del niño), sin establecer distinciones entre unas y otros por la mayor o menor importancia de sus respectivos cometidos. “Será del caso —dice— dar a los niños preceptores y pedagogos (*praeceptores pedagogosque*) de buen carácter. Acomódase a lo que tiene más próximo la infancia tierna; y crece a su semejanza. Las costumbres de sus nodrizas (*nutricum*) y de sus pedagogos reaparecen más tarde en la adolescencia”²⁹. Quintiliano, en cambio, no estaría dispuesto a incluir a estos tipos de personas en un mismo contexto. De hecho, en el texto que copio a continuación él se refiere sólo a las nodrizas: “Ante todo, es necesario que las nodrizas no tengan un lenguaje incorrecto; Crisipo quería que ellas, en la

²⁸ *Ibid.*, II.

²⁹ SEN., *De ira*, II, 21, 9.

medida de lo posible, fueran sabias o que por lo menos se eligiese a las mejores siempre que lo permitiesen las circunstancias. Pero, aun suponiendo que hablasen correctamente, no cabe duda de que hay que prestar mayor atención a sus costumbres. Son las nodrizas las personas a quienes el niño escucha al principio; son sus palabras las que él intentará repetir imitativamente. Y nosotros permanecemos por naturaleza muy aferrados a las cosas que percibimos cuando éramos niños inocentes”³⁰. Las palabras que Quintiliano emplea a continuación recuerdan a otras empleadas por Séneca en un diferente capítulo del *De ira* II. He aquí las palabras de Quintiliano: “Lo malo es que estos defectos son más graves en la medida en que están más radicados. Lo bueno se cambia fácilmente en peor; porque ¿cuándo se ha visto que los defectos se conviertan en virtudes? Por eso, ni siquiera en la infancia debe habituarse el alumno a un lenguaje que después deberá desaprender”³¹. Y ahora las de Séneca: “La educación requiere la máxima diligencia, que será de muchísimo provecho, pues es tarea fácil performar las almas tiernas todavía; pero resulta difícil cortar los vicios que con nosotros fueron creciendo y engrandeciéndose”³².

Uno de los fragmentos en que el lenguaje de Quintiliano se hace más parecido al de Séneca está en el segundo capítulo del libro I, cuando el autor da una serie de argumentos para demostrar que no es la escuela la que suele dañar las costumbres del niño, sino la sociedad que le circunda desde su mismo nacimiento. Hace entonces una estupenda crítica de las costumbres familiares, las cuales, lejos de inducir a los niños a la virtud, más bien los sumergen en los vicios sin que los pequeños tengan ni siquiera la ocasión de darse cuenta³³. Prácticamente todos los argumentos que toca Quintiliano en ese fragmento

³⁰ QUINT., *I.O.*, I, 1, 4-5.

³¹ *Ibid.*

³² SEN., *De ira*, II, 18, 2.

³³ QUINT., *I.O.*, I, 2, 6-8.

habían sido tratados por Séneca en diferentes partes de sus obras, aunque rara vez los hubiese referido sólo a la niñez³⁴.

En el libro II de la *Institutio Oratoria* hay alguna que otra apreciación pedagógica que acusa igualmente un claro paralelismo con determinados procedimientos recomendados por Lucio Anneo. Quizá sólo valga la pena fijarse en un punto: el enfoque con que ambos miran a la alabanza como posible estimulante educativo. “Con la licencia —comenta el pensador cordobés— crece la temeridad; con el servilismo crece el apocamiento; se ufana el niño si se le alaba y cobra confianza en sí mismo; pero las alabanzas también engendran insolencia e irritabilidad; así que entre estos dos escollos debe ser guiado, de modo que unas veces usemos el freno y otras veces la aguijada (...). Todas las veces que triunfare e hiciere algo digno de alabanza no le toleremos se enorgullezca ni exteriorice su gozo con desmesura, porque al gozo desmesurado sigue el engreimiento y una exagerada estimación de sí mismo”³⁵. Las palabras de Quintiliano están en un contexto muy diferente, que conviene no perder de vista; él está hablando ahora del preceptor propiamente dicho —que para él es, obviamente, el maestro de retórica— y describiendo cuáles han de ser sus cualidades y disposiciones en la relación educativa; por lo mismo, Quintiliano se está refiriendo ahora no a niños pequeños, sino a preadolescentes y adolescentes. He aquí el fragmento que nos interesa: “Al valorar los ejercicios de los alumnos, no exagere (el preceptor) ni en un sentido ni en otro, porque un juicio demasiado severo ocasiona el cansancio en el estudio, mientras que un juicio demasiado elogioso provoca en el elogiado una confianza excesiva”³⁶. Y más adelante, hablando de los alumnos a quienes se permite en clase una conducta defectuosa, dice que en ellos se produce “una tonta y vana convicción de superioridad, hasta el punto de

³⁴ Respecto a la incitación que realizan los padres a la riqueza y a la codicia, véase por ejemplo *Ep.* CXV, II.

³⁵ SEN., *De ira*, II, 21, 3-5.

³⁶ QUINT., *I.O.*, II, 2, 6.

que, hinchados por el aplauso tumultuoso de sus compañeros, llegan a enemistarse con el preceptor si éste les alaba poco”³⁷. Una vez más, las recomendaciones de Quintiliano cobran sentido pleno si las incluimos en un marco escolar, si las aplicamos —como era su deseo— a la relación profesor-alumno; y es precisamente en ese ámbito donde se han hecho merecedoras del reconocimiento y de la admiración de quienes las han comprendido y llevado a la práctica. Pero tienen sin duda un sabor muy diferente al de las apreciaciones de Séneca.

Hay, no obstante, alguna frase aislada que nos indica que las ideas de Séneca y Quintiliano respecto a la relación profesor-alumno eran bastante próximas. El primero cita una vez con mucho gusto y devoción un dicho de su tan admirado maestro Attalo, en el cual ponía éste de relieve que el objetivo al que deben tender el profesor y el alumno es el mismo: “El mismo propósito, dice, han de tener el maestro y el discípulo; aquél, de dar provecho; éste, de sacarle”³⁸. Quintiliano, cuando habla de los deberes del discípulo, hace la siguiente observación: “Pues así como el deber de aquéllos (los maestros) es enseñar, el de éstos (los discípulos) es mostrarse bien dispuestos a aprender (*praebere se dociles*): de otro modo, a nada conduciría una cosa sin la otra”³⁹.

También podríamos señalar algún paralelismo entre ciertos textos de Quintiliano referentes a la corrección y al castigo⁴⁰ y otros en los que Séneca trata el mismo argumento⁴¹, aunque, como siempre, el primero alude directamente al ámbito escolar mientras el segundo estudia esas cuestiones dentro de un marco más general y, por así decirlo, socializado. En todo caso, no conviene olvidar que Cicerón trató igualmente esos puntos⁴²; por tanto, si Quintiliano se inspiró en

³⁷ *Ibid.*, 12.

³⁸ SEN., *Ep.* CVIII, 3.

³⁹ QUINT., *I.O.*, II, 9, 3.

⁴⁰ QUINT., *I.O.*, I, 3, 14-17; II, 2, 4-5; II, 4, 10-11; II, 6, 3-4.

⁴¹ SEN., *De ira*, I, 6, 1-5; I, 15, 1-2; II, 31, 8. — SEN., *De clementia*, I, 14, 1-3; I, 18, 1-2; I, 20, 1-2; etc.

⁴² CICERÓN, *De officiis*, I, 25, 12; I, 38, 1; I, 38, 4-5.

alguien al referirse a los mismos, fue seguramente en Cicerón más que en Séneca.

Una fuente común: Crisipo

Si no existen otros textos más explícitos, me parece claro que los pocos que hemos venido analizando son insuficientes para reconocer una influencia real de Séneca sobre Quintiliano en materia de educación. En primer lugar, se trata de coincidencias en puntos ciertamente secundarios y, lo que es todavía más significativo, en puntos en los que, supuesta la seria preocupación pedagógica de ambos pensadores, lo extraño sería más bien que no estuvieran de acuerdo. En segundo lugar, aun dando a esas coincidencias más peso del que realmente tienen, bastaría a justificarlas la consideración de que Quintiliano utilizó ciertamente como fuente un tratado de pedagogía que había escrito Crisipo y que después se perdió; el preceptista romano cita en varias ocasiones esa obra del filósofo estoico⁴³, obra que indudablemente conoció y utilizó también Séneca. No es posible olvidar tampoco que la obra senecana a la que hemos acudido principalmente hasta el momento —el II libro *De ira*— constituye uno de los primeros escritos del pensador cordobés, y, aunque abundan ya allí los rasgos que después definirán al Séneca maduro, la influencia de la vieja Stoa es todavía patente⁴⁴.

⁴³ Concretamente, en I.O., I, 1, 14; I, 1, 16; I, 3, 14; I, 10, 32; I, 11, 17; II, 15, 34. Sobre las concepciones educativas de la primera Stoa y de Crisipo, cfr. M. POHLENZ, *La Stoa: Storia di un movimento spirituale* (trad. italiana del original alemán: *Die Stoa: Geschichte einer geistigen Bewegung*, Vandenhoeck und Ruprecht, Göttingen, 1959), La Nuova Italia, Firenze, 1967, vol. I, págs. 282-283. Más detalles en el libro de G. PIRE, *Stoicisme et Pédagogie*, Vrin, Paris, 1958. También para Cousin resulta patente que Quintiliano conoció esa obra de Crisipo; cfr. *Études sur...*, vol. I, pág. 24.

⁴⁴ Cfr. J. L. GARCÍA GARRIDO, "El *corpus senecanum* y los temas referentes a la formación humana", en *Revista Española de Pedagogía*, 101, 1968, págs. 46-51; allí se contiene una selección bibliográfica sobre la cronología de las obras de Séneca y, en concreto, del *De ira*.

Penetrando más a fondo en la cuestión, observaremos que el influjo que Crisipo ha ejercido sobre Quintiliano es de carácter netamente diverso al que ejerció antes sobre Séneca. Ya he tenido ocasión de comentar y de justificar largamente en otro lugar que en Lucio Anneo falta casi completamente el rasgo más importante de Crisipo: el profundo intelectualismo de su doctrina⁴⁵. Respecto a Quintiliano, en cambio, bastaría releer los fragmentos en los que cita a Crisipo para convenirse de que no fue precisamente el intelectualismo de éste lo que más disgustó al ilustre *rhetor*, aunque está claro que Quintiliano no prestó a la obra del viejo estoico una atención profunda, de signo filosófico. Si, por ejemplo, estudiamos el enfoque con que Quintiliano aborda el segundo capítulo del libro XII de su *Institutio* —dedicado a un tema tan importante como éste: que “al orador es necesario conocer los elementos que forman las costumbres”—, nos daremos cuenta muy pronto de que su planteamiento es intelectualista; para él, el progreso moral parece depender sólo o primordialmente del conocimiento de la *doctrina* moral. “¿Será moderado —nos dice— quien ignora qué cosa sea la moderación?; ¿es que será fuerte el que de ninguna manera se haya liberado de los temores del dolor, de la muerte, de la superstición?; ¿o será justo aquel que no haya examinado nunca con un estudio profundo la cuestión de la equidad y de la justicia, ni las leyes que han sido dictadas para todos por la naturaleza o las que los pueblos se han dado a sí mismos?”⁴⁶. Desde luego, no se trata de apoyarse excesivamente en este pequeño fragmento; en el mismo Séneca encontraríamos afirmaciones parecidas, a pesar de su falta de intelectualismo. Habría que tener en cuenta todo el enmarque de la *Institutio*, y de modo especial el enmarque específico del libro XII, para observar que el optimismo educativo de Quintiliano tiene a su base una confianza casi absoluta en el poder autoeducativo y heteroeducativo de

⁴⁵ Cfr. mi libro *La filosofía de la educación de L. A. Séneca*, EMESA, Madrid, 1969, págs. 80, 107, 116 y 119.

⁴⁶ QUINT., I.O., XII, 2, 2-3.

la *inteligencia* humana. La eficacia misma de esa técnica casi omnipotente que es el *ars oratoria* se apoya en bases intelectualistas.

Esta última consideración nos lleva irremediablemente a plantearnos un problema fundamental, de cuya concreta solución depende que lleguemos a comprender el verdadero alcance y significado pedagógico de los dos hispano-romanos: cuáles son y qué carácter tienen sus contrastes, sus diferencias de criterio. Ese será el objetivo al que apuntará próximamente nuestro estudio.